

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

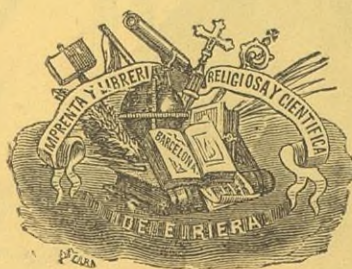
Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 12.

que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á JESÚS, á quien vosotros habeis hecho morir, colgándole en un madero. A este ensalzó Dios por Príncipe y Salvador para dar á Israel el arrepentimiento y la remision de los pecados. Nosotros somos testigos de estas verdades (1).

El consejo mandó azotar á los confesores de la divinidad de JESUCRISTO, imponiéndoles riguroso silencio sobre la doctrina, la ley, la vida y la muerte del Dios-Hombre.



PEDRO Y JUAN ANTE EL SANHEDRIN.

Entonces los Apóstoles se retiraron de la presencia del concilio gozosos, porque habian sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de JESÚS (2).

Como es de suponer, aquel incidente acrecentó el fervor y la adhesion de los neófitos y el celo y entusiasmo de los catequistas. Ungidos con la sangre de las heridas sagradas abiertas por los sacrilegos azotes, sentíanse mas y mas fuertes; las cicatrices vivas en sus espaldas

(1) Hechos de los Apóstoles, v.

(2) Ibid.

aquilataban el valor de sus enseñanzas y de sus acentos. Los Apóstoles azotados eran hombres irresistibles.

Un enemigo declarado del Cristianismo tuvo el acierto de escribir sobre aquel hecho estas palabras: «Como se comprende, aquellas brutalidades dieron por resultado escitar el ardor de los Apóstoles. Salieron del Sanhedrin, donde acababan de sufrir la flagelación, llenos de contento por haber sido encontrados dignos de sufrir afrenta por Aquel á quien amaban... ¡ Ah! sin duda merecerían el concepto de hombres de orden, por modelos de prudencia y de sabiduría, los atolondrados que creyeron seriamente el año 36 dar cuenta del Cristianismo por medio de unos cuantos latigazos. Semejantes violencias se debieron sobre todo á los saduceos, esto es, al alto clero, que *rodeaba el templo y sacaba de él pingües resultados* (1).»

El odio y la vacilacion en los perseguidores no podian ser mas ostensibles. Tampoco es capaz mayor torpeza en la lucha contra una idea, que la observada en los procedimientos anticristianos de la Sinagoga. Faltábale á la persecucion un gran genio que la animara. Hasta entonces solo el interés y las viles pasiones eran el impulso de la oposicion á una obra, que se distinguia por su carácter espiritual, desinteresado, humanitario y divino.

La persecucion tuvo á no tardar el elemento de que carecia. Un hombre, que no era sacerdote, que no participaba de ninguna ventaja material del judaismo, que no podia prometerse sino contradicciones y desabrimientos de tomar parte activa en el gran litigio empezado, se levanta y ofrece á los secuaces de Moisés toda la influencia de su talento, de su vigor, de su elocuencia, y, podemos decir, de sus virtudes israelitas.

Al celo de los cristianos opondrá su celo; á la palabra cristiana, su palabra; al desinterés de aquellos, su propio desinterés; á las fatigas, fatigas; al apostolado de CRISTO, su propio apostolado. Faltábale al judaismo un verbo ortodoxo, puro, tradicional. Saulo se levanta para dar á la Sinagoga lo que le falta.

## IX.

### El apostolado perseguidor y el apostolado perseguido.

En el reinado de Augusto, segun se desprende de lo manifestado en otro capítulo, los judíos tenian vastas ramificaciones en todos los países conocidos. Desde el tiempo del cautiverio subsistian numerosas colonias israelitas. La tierra estaba sembrada de familias dispersas del pueblo santo. Entre ellas existia una en la ciudad antigua de Tarsis, que debia dar al Cristianismo una de las figuras mas colosales é importantes.

El interés que inspira todo lo referente á Saulo, primero perseguidor, despues perseguido, apóstol del judaismo antes y posteriormente apóstol de la Iglesia, nos obliga á entrar en detalles curiosos relativos á aquella preciosísima existencia.

Tarsis ocupó en los antiguos dias un lugar distinguido entre las ciudades orientales.

Sentada sobre una colina, á cuatro leguas del Mediterráneo, circuida de espesos bosques de mirtos y laureles, la actual *Tarsous* apenas deja traslucir algo de lo que fue un dia la soberbia Tarsis. El mahometismo ha petrificado aquel pueblo, un dia vigoroso y jugueton, que participaba de la poesia y de la vida intelectual de Atenas. Es la arrugada y seca anciana, de aspecto sombrío y desaliñado traje, que ha dado ya al olvido las bellezas de su juventud. Quisieron los griegos ponderar su cultura diciendo que los compañeros de Triptolomeo, recorriendo la tierra en busca de *Io*, detuviéronse en ella, encantados de la fertilidad, poesia y riqueza del lugar. Otros remontaban su origen hasta á los reyes de Asiria. Lo cierto es que en una de sus puertas vióse durante mucho tiempo el sepulcro de Sardanópolis con esta inscrip-

(1) Renan, *Les Apôtres*, VIII.

cion: *Yo, Sardanópolis, edificué Tarsis en un día. Pasajero: come, bebe, diviértete, lo restante nada importa.*

Strabon escribió de Tarsis que en ella se profesaba un culto mas ardiente y sostenido á las ciencias y á las artes que en Atenas y Alejandria: bien que los templos de la sabiduria no ostentaban en la ciudad de Sardanópolis y de Cleopatra el esplendor y la opulencia de las escuelas de estas dos últimas ciudades. Las mas eminentes notabilidades se habian gloriado de adoctrinar en las cátedras de la modesta émula de la capital de la inteligencia. Allí brillaron gramáticos como Artemidoro y Diodoro; poetas y académicos como Plutiades y Diógenes; estoicos renombrados como los dos Athenodoros.

Pues bien, en aquella ciudad, colocada cási en los confines de la Europa y del Asia, en el centro de una gran civilizacion, nació Saulo, reinando Augusto en Roma. No es fija la fecha de su nacimiento. Desígnanla unos dos años antes de la del nacimiento de Jesús, otros ocho ó diez años despues. Saulo era de origen judáico, su familia pretendia proceder de la tribu de Benjamin. Su padre gozaba el privilegio y las prerogativas de ciudadano romano, atribuyéndolo algunos al hecho de haber su abuelo favorecido los proyectos invasores de Pompeyo, sesenta y tres años antes de JESUCRISTO. Desde su cuna Saulo respiró una atmósfera saturada del espíritu farisáico. En él se encontraron reunidos tres elementos importantísimos en aquel momento histórico, el judaismo, el helenismo y el romanismo. Judío en fe y en sangre, griego en educacion y en civilizacion, romano en derecho y títulos, tenia por sus antecedentes abierta la puerta de la grandeza en la filosofia griega, en la Sinagoga judáica y en la política romana.

Á los ocho dias de nacido fue circuncidado, segun las prescripciones del mosaismo; religioso por espíritu, dió la preferencia desde su niñez al cultivo de la ciencia judáica, tomando interés creciente en las cuestiones de la sinagoga. Tenia Tarsis, en efecto, su sinagoga, dentro de la cual se oraba, postrados los creyentes el rostro vuelto hácia Jerusalem, á cuyo templo único iban numerosas carabanas, desde todos los puntos del Asia, para celebrar con magnificencia la Pascua y Pentecostes, pagar el doble draema y ofrecer víctimas. Así las colonias y la metrópoli conservaban el vínculo de la mas estrecha fraternidad. «Jerusalem no solo era, ha dicho Baunard, la patria de los recuerdos, sino tambien la de las esperanzas de los corazones judíos (1).» Sus padres le destinaron al cultivo de la ciencia religiosa; empero respetando esta máxima del Talmud: «No instruir á un hijo en el trabajo es darle carrera de ladron,» le emplearon en el arte de tapicería ó de la construccion de una tela llamada entonces *cilicium*, á propósito para la formacion de tiendas, cuyo comercio era notable en Oriente.

No era rica la casa de Saulo, mas la educacion que recibió puede apreciarse en los testimonios de la finura y atencion de sus ademanes, que resplandecen en varios episodios de su agitada vida.

Desfavorecido era su físico, nada simpática su fisonomía; pequeño de cuerpo, de formas poco regularizadas, seco de carnes, flaco, enfermizo, nada revelaba que en aquel cuerpo inferior residia la grande alma, cuyo fuego tanto habia de influir en los destinos futuros del género humano.

La concentracion de su pensamiento apagaba la virilidad de su mirada; los achaques consecuentes á su falta de salud corporal disimulaban aquella robustez espiritual, que debia admirar á la sociedad de su siglo y á la de los siglos posteriores.

Sus ocupaciones manuales le dejaban tiempo suficiente para fomentar las escuelas de Tarsis, donde alternaba con la juventud contemporánea, ávida de saborear la ciencia y la literatura aportada por las eminencias griegas. Las epístolas que mas tarde escribió, contienen recuerdos de su aficion á los poetas. Sus estudios dieron ópimos frutos, pues jóven aun logró expresarse con igual facilidad en hebreo, griego y latin.

Enseñaba allí en su tiempo Nestor, maestro de Marcellus, cantado por Virgilio y llorado

(1) *La jeunesse de Saint-Paul.*

por Augusto; Nestor, cuyas ideas platónicas contrastaban con el pitagorismo de Apollonius de Thiana, jóven que obtuvo alta celebridad. Habia, pues, dos corrientes filosóficas en Tarsis, cuyos debates, apasionando á los jóvenes académicos, vivificaban el ardor escolar. Saulo no era de los mas frios. Todo nos impulsa á presumir que en este ardiente debate el joven israelita se inclinaba á las doctrinas platónicas.

Saulo acabó en Jerusalem su educacion religiosa. Se ignora en qué año vino por primera vez á Jerusalem. «Hay épocas solemnes en la historia. Empero aquella que vió llegar Saulo á Jerusalem tiene una solemnidad exclusiva: Saulo la llamo despues *la plenitud de los tiempos*. Las setenta semanas de Daniel tocaban á su fin. El cetro habia caido de la tribu de Judá, y á pocos pasos del templo, un centurion paseaba tranquilo su baston junto á la casa de un procónsul romano. Ansiábase saber hácia qué punto apareceria la estrella de Jacob; mas esta habia orientado ya, y el jóven trabajador de Tarsis, bajando á Jerusalem, pudo encontrar por el camino á un trabajador como él, sentado al pié de alguna oscura colina, predicando en parábolas á gente de su país y de su condicion. Acontecia esto bajo el reinado de Herodes II. Saulo contaba veinte y nueve años, y el Verbo encarnado habitaba entre nosotros lleno de gracia y de verdad (1).

Saulo vió al Mesías. ¿Le escuchó en alguna de sus predicaciones ó enseñanzas? Parece deducirse así del texto de alguna de sus cartas posteriores. Nada mas natural que atraído por la celebridad obtenida por JESÚS en Judea, el apasionado benjaminista quisiera verle y oírle. «Nosotros hemos conocido al CRISTO segun la carne,» decia á los corintios.

Al entrar Saulo en Jerusalem el piadoso israelita debió recibir penosa impresion. Herodes Ascalonita habia convertido la religiosa ciudad de los profetas en un foco de disipacion oriental. Las solemnidades tradicionales del templo estaban rivalizadas por las funciones periódicas de un gran circo y de un gran teatro. Fiestas quinquenales consagradas á Augusto sancionaban un nuevo género de idolatría contrario al espíritu del mosaismo. El águila de Roma y de Júpiter coronaba la fachada del templo reedificado «como un doble insulto á la Religion y á la patria,» dice el citado Baunard.

El aspecto doctrinal de Jerusalem no era mas halagüeño. Al tratar de la situacion de la Judea cuando la muerte de JESUCRISTO hemos indicado la disolucion doctrinal del judaismo en aquel período.

La confusion de doctrinas inspiró á algunos pensadores la idea de fundir en una escuela transaccionista los principios que sostenian la rivalidad de creencias y sobre todo de prácticas. Intentóse formar un eclecticismo entre la filosofía judáica y la filosofía racionalista, que diera por resultado una religion á la vez racionalista y mística. Sentíase por todas partes la necesidad de imprimir unidad y universalidad á las ideas, y de ahí los sucesivos esfuerzos de los hombres de cierto valer para conseguirlo. Aristóbulo habia intentado plantear este programa siglo y medio antes del período que reseñamos; Philon consagró su talento á ensayarlo en Alejandría y en Egipto, y finalmente Gamaliel se hizo adalid de la conciliacion en el corazon mismo de la Palestina.

Saulo fue partidario acérrimo de Gamaliel, aunque el carácter del secuaz era diametralmente opuesto al del maestro. Gamaliel pensaba con serenidad, calculaba con estupenda calma; sus discursos eran contundentes, como dictados por el ánimo impassible del que le importaba mas el triunfo de su criterio que los aplausos de una popularidad caprichosa. Gamaliel llegó á ser el oráculo del judaismo. «A su muerte, léese en el Talmud, la luz de la ley se apagó para Israel.» Se le habia revestido del título augusto de *Nasi*, ó sea, jefe del Consejo de doctores; el Evangelio nos deja ver en él al hombre justo, sábio, moderado, imparcial, enemigo de la violencia, dominando los diferentes partidos por una superioridad moral unánimemente respetada.

Prueba de la independendencia de su carácter es el haber sido el primero que hizo leer en

(1) *La jeunesse de Saint Paul.*

Jerusalén el texto bíblico en griego. Así logró acercar un paso más los judíos helenistas á los llamados hebraizantes. No es que prevaricara en nada respecto á la fe mosaica; empero conocedor de los sistemas griegos, orientales y egipcios tomó de cada uno lo conciliable con la ley de Dios, «elaborando una especie de acomodamiento generoso y tolerante que respondía á su carácter y temperamento personal (1).» Gamaliel tenía en Jerusalén una escuela, ó lo que hoy llamaríamos una academia, donde concurrían como bullicioso enjambre los más activos y aventajados jóvenes del país y del extranjero.

Gamaliel era la luz, Saulo el fuego; el maestro trataba de conciliar discutiendo, Saulo imponiéndose. La superioridad del talento del discípulo le hacía apreciable al mismo jefe de escuela, que esperaba verle reducido á camino más suave, gracias á las lecciones de la experiencia.

Saulo llegó pronto á ser el alma del judaísmo. Su palabra persuasiva, su actividad infatigable le señalaban un lugar preferente en la pléyade de jóvenes adheridos á las tradiciones religiosas y patrióticas. En la escuela era el hombre de la conciliación, fuera de ella era el genio de la intolerancia, la furia vengadora cerniéndose sobre cuanto podía entorpecer la consumación de lo que él creía ser los destinos del pueblo de David.

Probablemente si Saulo hubiera tenido asiento en el Consejo de los ancianos, cuando Gamaliel hizo prevalecer el criterio de la prudencia, la sangre de los Apóstoles habría sido derramada antes que la de Estéban. La responsabilidad moral del martirio de este cabe en gran parte á Saulo, cuya frenética exaltación inflamó los ánimos y provocó la más indigna venganza.

La muerte de Estéban acrecentó en Saulo la sed de persecución. Solo respiró desde aquel día deseo de sangre. Iba de sinagoga en sinagoga espiando los actos de cuantos se manifestaban partidarios del Mesías, forzando á renegar del nombre de JESÚS á los adeptos vacilantes y tímidos. Escudado con una credencial que obtuvo del Concilio, obraba como á verdadero plenipotenciario en cuanto atañía á la persecución de los cristianos indefensos. «Yo perseguí de muerte, nos dice él mismo, á los de esa nueva doctrina, aprisionando y metiendo en la cárcel hombres y mujeres, como me son testigos el sumo sacerdote y todos los ancianos (2).» «y andando con frecuencia por todas las sinagogas les obligaba á fuerza de castigos á blasfemar; y enfurecido más cada día contra ellos, les iba persiguiendo hasta en las ciudades extranjeras (3).»

Logró Saulo hacerse la personificación del terror. Se decía: *el azote de Saulo*, en vez «del azote de la Sinagoga.» Merced á su talento la persecución era sistemática, estudiada, combinada, y por ende terrible.

Muchos cristianos de Jerusalén se dispersaron sobrecogidos de temor después del martirio de Estéban. Mas en los lugares que les servían de refugio, predicaban la nueva ley y los recientes milagros, con lo que centuplicábanse los prosélitos. Esto enojaba á Saulo.

En su exasperación supo que en Damasco existía un núcleo vigoroso de cristianos, centro de activa propaganda. Obtuvo, pues, cartas especiales del Consejo para exterminarlos, y partió para aquella ciudad.

La noticia de su venida difundió el terror en los adoradores del Dios vivo. No porque muchos de ellos sintieran morir en obsequio del Crucificado, sino porque es propio de la naturaleza humana la repugnancia á las escenas de brutal conculcación. Unos huyeron, escondiéronse otros, y otros fiados en la protección celestial esperaban temblorosos la tempestad, que avanzaba en el límpido horizonte de aquella entonces hermosa ciudad.

Indomable altivez revelaba la actitud de Saulo al partir de Jerusalén llevando la representación de los altos poderes religiosos. Nada hay tan temible en el mundo como el celo de

(1) Niemeyer, *Caractères de la Bible*.

(2) Hechos de los Apóstoles, xxii, 4.

(3) Ibid. xxvi, 11.

un fanático. El fanatismo reviste de formas de santidad los actos mas asquerosos, los mas repugnantes crímenes. Las inmolaciones efectuadas en nombre de Dios son siniestras, porque no están contrabalanceadas por la protesta del remordimiento. Saulo iba á atropellar á hombres, á familias santificadas por el llamamiento divino y por la fidelidad á aquel llamamiento, y sin embargo, juzgábase impulsado por el espíritu de Moisés, instrumento de la glorificación de Jehová.

¿Cuáles serian los pensamientos de Saulo al divisar al través de las espesas arboledas de la llanura que recorría, los mas elevados edificios de la atribulada Damasco? Calma y dulzura respiraba el paisaje que á derecha y á izquierda descubría el *Apóstol de la Sinagoga*. Mansos arroyuelos, descendiendo de aquellas montañas, sagradas por las tradiciones que encerraban, deslizábanse por aquellas esmaltadas praderas, sombreados por grupos de olivos y nogales. «Paraíso de Dios» llamaban los judíos á la zona que á Damasco circunda, porque en ella todo es suave y poético. Todo respiraba paz en aquel jardín, cultivado por la mano pródiga del Señor. Empero Saulo sentía en su alma un contraste horrible con las escenas que le rodeaban. Él llevaba la guerra, el esterminio, ¡sobre quiénes! ¡ay! sobre una multitud de hermanos suyos, hijos como él de la Sinagoga, discípulos de los profetas, descendientes de los patriarcas, quienes no tenían otro crimen que el creer cumplidos ya los anuncios de Abraham y de David.

Por primera vez Saulo sintió vacilar su indomable corazon. Pavorosas imaginaciones conurbaron su inflexible espíritu, mientras las oscilaciones del cielo, que iba á abrirse, le hicieron presentir la proximidad de un grande suceso. Como si el monte Hermon, erguido como un gigante protector á las espaldas de Damasco, le dirigiera la voz de «alto» deteniéndose de repente su corcel, y el altivo jinete tambalea y se siente desfallecer, cae. Un rayo deslumbrador oscurece sus ojos; y el Hermon y el Antilibano y los collados que ribetean el curso del Pharphar, reproducen el eco de una palabra celestial.

«Saulo, ¿por qué me persigues?» Le pregunta una voz misteriosa; la voz de JESUCRISTO perseguido en sus discípulos.

«Señor ¡qué queréis que haga!» contesta humillado el representante de la Sinagoga.

Privado repentinamente de la vision natural, hubo necesidad de apoyarse en sus compañeros, que fueron testigos del acontecimiento, si bien no fueron para ellos inteligibles los terminos del diálogo sostenido allí entre el cielo y la tierra.

La Iglesia de Damasco supo inmediatamente la trasformacion del gran perseguidor. Saulo permaneció en casa de un tal Judas, que habitaba en la magnífica porticada, de estension de mas de una milla, llamada *Recta*, y que formaba como la arteria principal de las calles de aquel pueblo. Véase hoy todavía el trazado de aquella gran via, y permanecen las ruinas de la puerta oriental. Tres dias duró á Saulo la ceguera; empero al tercero. Ananías le restituyó la luz, por la imposicion de las manos.

El corazon de Saulo habia sufrido un cambio radical. Su alma renovada, convertida, solo aspiraba ser útil á la causa que hasta entonces habia atraído sus iras. Es satisfactorio consignar que todo induce á creer que Saulo obró siempre con la mas perfecta buena fe. No creía en la verdad de la mision divina de JESUCRISTO y de los discípulos; opinaba que JESUCRISTO iba á combatir la obra de Moisés, é impulsado por su celo, consagraba la fogosidad de su carácter á la defensa de sus tradiciones religiosas. Al llamarle el Señor no fue mas tardío en seguirle que los demás Apóstoles al oír al llamamiento del Mesías.

Su vocacion fue clara, terminante, completa, gloriosa.

Despues de una corta permanencia en Damasco Saulo se retiró á la Arabia, para conversar con Dios en el retiro y para nutrir su espíritu con la verdad que le acababa de ser revelada. ¿Había de ir á Jerusalem? Allí estaban los Apóstoles, sus nuevos hermanos. Empero, ¿cómo iban á recibir ellos á quien tanto daño causara á los primeros discípulos? Esperó, pues, que el Señor mismo designara la oportunidad del momento.

No estuvo inactivo en su retiro de Arabia. Predicó allí á JESUCRISTO-DIOS; bien que la efervescencia que agitaba la raza árabe en aquellos días en que el César dispensaba cierta protección á los intereses coloniales, dificultaba el éxito de la nueva palabra. No obstante las semillas derramadas en aquel país florecieron algunos años despues.

Á su regreso á Damasco unos le escucharon con respeto; mas los judíos irritados contra el desertor de la Sinagoga amotináronse para perderle. Aretas, lugarteniente del rey de la Judea, tenia decretada su prision, que solo evadió, gracias á la solicitud de sus correligionarios, que metiéndole en un cesto, lo descolgaron cuidadosamente por la noche de lo alto de un muro.

Fue á Jerusalem, no en busca de la consagracion de su ministerio, pues claramente lo habia recibido de Jesús; sino para presentarse á Pedro, cabeza del apostolado, y concertar una accion simultánea con la de los demás enviados.

Bernabé de Chipre le presentó y recomendo á Pedro y á Santiago, obispo de Jerusalem.

La Iglesia de Jerusalem no conocia á fondo el portento del camino de Damasco, por esto se mantuvo en prudente reserva acerca la sinceridad del cambio del temible representante de la Sinagoga, hasta que la elocuencia de Bernabé por una parte y la oposicion de los judíos helenistas por otra llevó la tranquilidad á todos los ánimos.

Pronto las sospechas se cambiaron en entusiasmo. Á medida que trataban á Saulo los cristianos sondeaban el tesoro de sabiduría y virtud que en él poseían. Su carácter emprendedor, el don de iniciativa que recibiera del cielo, su imperturbabilidad ante los peligros, su decision para arrollar todas las dificultades le constituyeron el porta-estandarte de la evangelizacion. El Evangelio tenia en él un excelente elemento para atraer la parte sana del judaismo, porque era judío; para cristianizar las escuelas de la Grecia, porque bajo cierto punto de vista, era griego; para preparar á Roma en el camino del Calvario, porque era ciudadano romano.

Pedro empuñaba las llaves del mundo; Pablo parecia el destinado á abrir para Jesús con las llaves de Pedro las puertas de Jerusalem, de Atenas y de Roma.

## X.

### Tregua de las persecuciones judáicas.—Dificultades y tareas del apostolado desde el año 37 al 44.

Las tropelías de la Sinagoga en los años inmediatos á la muerte del Redentor apaciguáronse repentinamente. Varias causas contribuyeron á amenguar el furor anticristiano de aquellos días. Palparon hasta los mas fanáticos la ineficacia de las medidas sangrientas, pues el martirio de Estéban no debilitó las convicciones de la sociedad creyente; además muchos cristianos abandonaron la agitada Jerusalem para ir á profesar y á propagar sus principios en otros países. Por otra parte la ley romana no autorizaba los atropellos perpetrados contra los disidentes religiosos. Tiberio supo con disgusto la debilidad de Pilato ante las exigencias del populacho judáico, por lo que fue llamado á Roma á defenderse ante el tribunal del imperio; perdiendo el poder para cuya conservacion consintió en el deicidio. El asesinato de Estéban y los desafueros de Saulo disgustaron igualmente á los romanos.

La fama de las doctrinas y portentos de Jesús llegó á oídos de la corte romana, y el mismo Tiberio, segun afirman Tertuliano, Eusebio, san Jerónimo y Juan Crisóstomo, propuso dar á Jesús un lugar entre los dioses extranjeros. El cardenal Mai cita un fragmento de un historiador anónimo, en el que se dice que como Tiberio propusiera al Senado contar á CRISTO como el décimotercero de los dioses mayores y el Senado se resistiera á acceder, un senado



de chispa exclamó: «Aquel que desechais como á décimotercero Dios será un día el primero entre los dioses (1).»

Tiberio obraba con mas imparcialidad porque era menos fanático. No creia Roma que el taumaturgo de Jerusalem pudiera heredar las grandezas imperiales. Desconociendo la virtud divina del Cristianismo estaba libre del odio que los judíos profesaban al cumplidor de las profecías. Á los ojos de Roma los cristianos eran una rama importante del judaismo, y en este sentido les dispensaba la proteccion de la ley.

Los judíos comprendieron la ilegalidad de la conducta seguida, y temieron la responsabilidad que contraian ante el César.

Aquella tregua fue altamente favorable á la organizacion de la Iglesia.

Una cuestion importantísima se suscitó á la sazón: ¿los paganos debian recibir el Evangelio? y ¿los procedentes del gentilismo serian obligados á la observancia de los preceptos y prohibiciones legales, y sobre todo á la circuncision?

Desde un principio Pedro se inclinó á abrir de par en par las puertas de la Iglesia, no solo á los hijos de Abraham, sino tambien á los hijos de las naciones infieles, que se sintieran dispuestos á creer, adorar y practicar la ley de amor promulgada por el Verbo y por el Espíritu Santo. Los Apóstoles sabian que el Señor les habia dicho: «Id, enseñad á las naciones todas, bautizadlas.» Nada de circuncision. Mas existia una multitud de adoradores de JESUCRISTO amantes de las tradiciones mosaicas. La observancia de las ceremonias y prácticas legales superaba para ellas el interés de las doctrinas; ellos murmuraban de la especie de laxitud que sobre estos detalles constituia el criterio del apostolado. Los incircuncisos neófitos asistian al templo, concurrían al pórtico; pero eran mirados con desvio por el pueblo, que les consideraba como impuros.

No hay que ocultar la gravedad de aquella íntima disidencia, cuya principal fuerza consistia en el respeto que muchos profesaban á las prácticas de Moisés. Reinaba empero unanimidad de espíritu en los Apóstoles sobre esto, como sobre todos los demás puntos de dogma y de disciplina. La veneracion á ciertas prescripciones disciplinales en el antiguo orden de cosas no debia llegar hasta imponer gravámenes inmotivados á los que, procedentes de varias regiones y sectas, quisieran responder á la invitacion universal del Padre de familias. La circuncision despues de la venida del Mesías carecia absolutamente de razon de ser.

No obstante, las preocupaciones del vulgo mantenían la alarma en una gran parte de la nueva cristiandad. Mientras solo se admitieran en el seno de la Iglesia, sin imponerles las prácticas del judaismo, algunos individuos especiales, como el eunuco por Felipe y Cornelio por Pedro, se respetaba en estas cosas una vocacion escepcional. Empero cuando se comprendió que se trataba de elevar el privilegio á ley; cuando se oyó que Pedro tomaba la vision de la mesa en que habia puestos manjares prohibidos, con invitacion de comerlos, como un aviso del cielo, para que franqueara á todos las puertas de la Iglesia, «porque no podia ser impuro lo que Dios tenia purificado,» crecieron los murmullos y las protestas.

Mucha prudencia fue necesaria ante aquel conflicto. Porque las leyes ceremoniales, no solo revestían el carácter religioso, sino tambien civil. El judío estaba obligado como individuo y como miembro de un pueblo, de un estado. Ningun precepto del Salvador le obligaba á separarse de su pueblo, y de su organismo político y religioso. Esta separacion se hacia imposible en Judea y en Galilea, so pena de verse obligado cualquiera que la intentase, á emigrar. Hasta los judíos de «la dispersion» continuaban considerándose como agregados á la sociedad central de Jerusalem. Allí enviaban sus tributos. En la Judea observar la ley era una necesidad. Mientras llegaba el tiempo de la realizacion de los designios divinos, por medio de una manifestacion ilustradora, permanecían israelitas en toda la acepcion de la palabra. Los cristianos solo se diferenciaban de sus compatriotas en la creencia en el Mesías venido; en lo demás se sometían al orden legal.

(1) Mai, *Scriptor. vet. nova collectio.*

«Los Apóstoles tampoco querían adoptar una medida que imposibilitara á la nación de abrazar la religion mesiánica. La nación no había aun renunciado definitivamente á su vocación. El plazo que le fue acordado para secundar el llamamiento del Salvador no había expirado... Los lazos, pues, que mantenían unida la asamblea de los fieles á la Iglesia nacional y al estado político de los judíos estaban intactos. Hasta los Apóstoles continuaban observando la ley y toleraban que fuera observada por la sociedad judaico-cristiana (1).»

En el período que reseñamos la cuestión estaba como latente en la atmósfera de la cristiandad.



EVASION DE SAULO.

La zozobra en que debían vivir los fieles imposibilitaba atender á la dilucidación de puntos disciplinares.

Aquellos días fueron los de la diseminación de la semilla evangélica.

La Samaria fue el primer campo en que se cultivó con estupendos resultados. El espíritu caritativo y consolador de Jesucristo conquistó para sí las simpatías de aquel pueblo separado de la ortodoxia jerosolimitana. Hablarles de Jesús equivalía para los samaritanos á recordarles las expansiones y familiares conferencias del *único Profeta* que les consideró como amigos y los trató como hijos, después de la exición de Israel y de Judá. Al hablar del diácono Felipe nos estendimos sobre este punto.

(1) Dellinger, *El Cristianismo y la Iglesia*.

Cinco años apenas habian trascurrido desde la muerte de JESÚS y toda la Palestina de aquende el Jordan le conocia como á Enviado divino; la Galilea guardaba tambien la santa semilla, y los puntos mas importantes del Oriente veian alborear la luz de la regeneracion. La rapidez del éxito sorprendia á cuantos se fijaban en la marcha de aquellos acontecimientos religiosos. El grano de mostaza germinaba en las entrañas de aquella sociedad, que no tardó en ver surgir el tronco robusto en que debia apoyarse, y holgar á la sombra del fresco ramaje de sus instituciones.

## XI.

### Cayo Calígula.

Ni Augusto, ni Tiberio, ni Calígula se presentan á la historia como á verdaderos perseguidores del Cristianismo. Los acontecimientos de la Judea, desfavorables á JESUCRISTO y á su institucion, revistieron un carácter puramente local. Á pesar de toda la importancia de la muerte del Redentor, ella vino decretada por autoridades subalternas. El Capitolio estuvo exento de responsabilidad sobre el deicidio consumado.

Roma no conocia el nombre de CRISTO, ni su doctrina sublime ocupaba la inteligencia de los senadores y tribunos. Quiso el Maestro divino que su obra se desarrollara suave y tranquilamente, obedeciendo las leyes de la lógica. Hasta que autorizados y celosos emisarios del Evangelio aparecieran en la capital de los dioses humanos á reclamar culto y sumision al Redentor divino, Roma casi no se apercibió de la trascendencia de los sucesos de Jerusalem. Si Tiberio, como hemos visto, llegó á proponer la exaltacion de JESÚS, considerándole como uno de los dioses mayores, demostró con ello completa ignorancia del espíritu y tendencias de lo que en aquellos dias era considerado como una nueva *secta judaica*.

Bajo el imperio de Cayo Calígula Roma oyó mas de cerca lo que creia, lo que esperaba y lo que reclamaba el Cristianismo; empero no llegó todavía á alarmarse por el porvenir de sus ídolos.

Detallaremos rápidamente el carácter de Calígula para mejor apreciar el estado social, que la Iglesia vino á transformar.

Hijo de Germanicus y de Agrippina no heredó las excelentes cualidades de sus padres. Reflejábase en su organizacion fisica la afeminacion de su alma; pálido, lívido, demasiado contorneado, para revelar la virilidad conveniente al jefe de un grande imperio, confirmaba la debilidad de su temple con la mujeril aficion al lujo del vestir. Su educacion, en la que tuvo parte importante Herodes Agrippa, antes de partir para el trono de Judea, favoreció las inclinaciones de su temperamento. La imaginacion de Cayo fue deslumbrada en sus albores, por las estudiadas pinturas de la esplendidez oriental, trazadas por el indiscreto pincel de su mentor. Mas atento á conquistar el agrado que la admiracion de sus contemporáneos, Calígula iba en pos de una gloria nada á propósito para inmortalizar un gobierno, y menos un nombre. No llegó á preocuparle la idea de vivir en la historia.

Absorvido por la disipacion de su conducta se ocupó muy poco de lo que hoy llamamos «política» en el período de su juventud. Quizá hubiera sido rival poco temible para el que ocupara en su lugar el alto sillón que le legó Tiberio. De él se escribió: «no se ha conocido criado mejor, ni peor soberano.» Vislumbró Tiberio toda la maldad que era capaz de perpetrar Cayo, cuando en arranque de bárbara franqueza dijo: «Dejo al pueblo romano una hidra para devorarle; un Phaeton para abrasarle.»

Sin embargo el pueblo romano saludó con arranque de satisfaccion el advenimiento del

hijo del idolatrado Germanicus. Calificábale de *Sidus, et pullum, et puppum, et alumnus* (1). El Senado se apresuró á sancionar su encumbramiento.

La inauguracion de su reinado confirmó las esperanzas de sus adictos. Apresuróse á declararse *pupilo* de los padres de la patria y el primer observante de las leyes imperiales, y á quebrar las cadenas de la opresion, arrojadas sobre multitud de inocentes por la febril tiranía de Tiberio. Enriqueció á Roma, mandando traer las cenizas de su virtuosa madre y de sus como ella inmolados hermanos.

Fiel á sus fastuosos instintos mendigó la popularidad, disponiendo una fiesta, que superara la grandiosidad de las recordadas por los romanos, con motivo de la ereccion de un templo dedicado «al divino Fundador del imperio.» Cuatrocientos osos, otros tantos leones y leopardos batiéronse en el anfiteatro.

El peso del imperio no era soportable para su enfermizo espíritu. La embriaguez causada por la casi omnipotencia de su dignidad trastornó su naturaleza, hasta el punto de producirle una enfermedad, que le condujo al borde del sepulcro. Roma angustiada prorrumpió en inequívocas manifestaciones de zozobra. Es que Calígula no habia tenido tiempo de desplegar la per versidad de su corazon.

Al levantarse del lecho, salvada la vida, manifestó pronto haber perdido la cabeza. Un frenesí habitual le devoraba. Poseido de siniestros presentimientos eludía con frecuencia todo trato, y paseándose solitario por las galerías de su alcázar evocaba el espíritu del océano, entablado con él espantosos diálogos. Los vientos, las tempestades figurábasele voces de la inmensidad que contestaban á las expresiones de sus locos deseos. Creyéndose superior á todo poder y á toda moral, imponía su voluntad excéntrica y caprichosa á toda criatura. Decretó la muerte de Macron, para librarse de la gratitud que le debia, por haber apresurado su exaltacion al trono. Repudió á su mujer Orestilla para desposarse con Lollia Paulina, la mas bella y opulenta romana. Casó luego con Drusilla, su hermana, cuya muerte prematura acrecentó su delirio.

Perdido el dominio de sí mismo, ora se sumergia en las soledades de su casa de Alba, ora aparecía al frente de los juegos públicos, tomando parte activa en los populares espectáculos. Elevó á Drusilla al rango de diosa é impuso su culto á Italia y á las provincias. Los que lamentaban la muerte de Drusilla eran víctimas del furor imperial «porque las diosas no mueren;» los que se regocijaban ante la apoteosis de Drusilla eran igualmente castigados «porque Drusilla estaba en el sepulcro.»

En medio de un festin Calígula prorumpe en una carcajada: «es que, dijo con asombro de los asistentes, yo puedo inmolar aquí á todos los convidados.» «Quiera yo, y te cortaré la cabeza,» dijo á una de sus jóvenes esposas.

Entre sus terribles escritos figuraban dos listas, titulada una «los de la espada» y la otra «los del puñal.» Por el puñal, ó por la espada debian respectivamente morir los desgraciados que tenian sus nombres escritos en aquel libro de muerte.

Mientras para divertir al pueblo arrojaba en un solo dia quinientos esclavos á las garras de los tigres, y hacia derramar una lluvia de oro y nácar sobre los invitados, y repartía exquisitos manjares á sus amigos y nombraba pretor al que mas se habia escedido en comer y beber; buscaba recursos para costear aquellas pródigas saturnales haciendo morir á los adversarios de Germanicus para heredar sus bienes.

El desprecio á la dignidad humana llegó al colmo. En el decurso de los siglos no aparece nadie que como Calígula se haya atrevido á insultar con semejante cinismo las instituciones legales. En desprecio del consulado nombró cónsul á su caballo, llamado *Incitatus*; le señaló un departamento en su palacio, le designó una guardia de honor, le elevó á la dignidad de *sacerdote*, y le servia él mismo dorado pienso.

No se libró de los instintos de gloria militar. Aunque desprovisto de genio trasla-

(1) Suetonio.

dóse á las fronteras de la Galia y saludó el Rhin; pero los germanos no hubieron de temer su empuje. Apareció á la vista de la Gran Bretaña, cuya sumision anunció al Senado; mas su victoria se redujo á un tributo de perlas. Botin mas precioso que honorífico.

Agigantándose cada dia su locura créese superior á los mortales y proclama con desenfado su propia divinidad. Familiar de los dioses ensaya imitar su inmovilidad; pasa largas horas absorto, sin pestañear, sin dar muestra alguna de sensibilidad. Desprecia la comida de los mortales y manda se le sirva [mesa de dioses, y sorbe *perlas disueltas en ácidos*. Por la noche finge ser visitado por Diana, su esposa. Risibles coloquios se establecen entre «el Dios de la tierra» y la diosa del Olimpo. «¿No la ves?» pregunta una noche á Vitelio, uno de sus adoradores: «Señor, le contesta, solo los inmortales gozan del privilegio de verse y tratarse mutuamente.» No tardó Calígula en decirse igual á Apolo; luego se proclamó igual á Júpiter. Cayo visitaba por la noche á su compañero del Olimpo, discutia con él con calor y hasta prorumpia en frases enérgicas como estas: «mátame, ó te mato.»

Para atestiguar la superioridad de su génio emprendió obras sorprendentes. Unió su palacio con el templo de Castor y Polux por un lado y por el otro con el de Júpiter capitolino. Castor y Palux eran sus porteros; Júpiter, su hermano. Concibió el proyecto de romper el istmo de Corinto y unir los mares Archipiélago y Adriático. Recordando que un astrólogo aseguró á Tiberio que Calígula no reinaria si no atravesaba á caballo el golfo de Baía, hace tender de Baía á Puzzolo un puente gigantesco, régia carretera adornada con fuentes, cascadas y estatuas, por el que Calígula, vestido con la coraza de Alejandro, atravesó al frente de sus legiones.

Toda grandeza ajena le molestaba. Decretó el derribo de las estatuas de los grandes caudillos erigidas en el campo de Marte; mandó retirar de las bibliotecas las obras clásicas, hijas del ingenio humano, como las de Homero, Virgilio, Tito Livio; y si alguien sobresalia en fortuna, ó en hermosura, ó en talento llevaba en cada uno de estos apetecibles privilegios el proceso de su condenacion.

La política de Calígula imprimió un sello de tolerancia respecto á los judíos y tendió á salvar cierta autonomía á las provincias de Oriente. En consecuencia de su programa estableció los principados régios de Antiochus, Herodes Agrippa, Soheym, Cotys y Polemon II. Destituyó á Pilatos de la gobernacion de la Judea, sustituyéndole por un tal Marullus. Así Pilatos, que para complacer al César romano, sentenció contra el dictado de su conciencia al inocente Jesús; vió defraudado su inicuo cálculo. No conservó la amistad del César, á pesar de haber manchado sus manos con sangre redentora para no perderla. Desterrado por Calígula á Viena de la Galia, no pudo soportar el peso de su desgracia y de sus remordimientos, y dió fin á su vida con el suicidio, en el año 40. Así los dos personajes mas repugnantes de las escenas del Calvario, Judas, discípulo traidor, y Pilatos, juez injusto, murieron desastrosamente, aquel sin haber disfrutado del precio de su traicion; este sin haber disfrutado la recompensa de su debilidad.

No es que Calígula simpatizara con los ritos y las doctrinas judáicas, ni con las cristianas. Sus pretensiones á la adoracion de los mortales le hacian naturalmente odiosa toda religion que se basara en la unidad de Dios. Para protestar contra el gran dogma de la unidad divina, siempre enseñado en Jerusalem, dispuso que se levantara en el gran templo su propia estatua, construida de oro, y hasta pretendió que se consagrara á su gloria aquel santuario sin duda el mas célebre del mundo.

Judea iba á rebelarse como un solo hombre contra aquel descabellado proyecto.

La prudencia del legado imperial, Publius Patronius, y la mediacion de Agrippa, favorito de Calígula, evitaron una catástrofe retardando la ruina definitiva de la nacion judía.

Philon nos ha conservado los curiosos detalles de la escena pasada en el palacio imperial con la comision que de Jerusalem vino para impetrar del César la revocacion de varias medidas inicuas. Recibióles Calígula en una de sus posesiones cercanas á Puzzolo. «¡Ah! les dijo

con aterrador ademán, vosotros sois los únicos que os resistís á reconocer mi divinidad, prefiriendo adorar un Dios, cuyo nombre apenas sabéis proferir.» Calígula acabó la frase con una blasfemia sobre Jehová. Los judíos temblaban de espanto.

«Señor, dijo entonces Helicon, el adulador del César, mas detestariais á esta gente si supiérais cuánto os detestan. El odio que os profesan les impide sacrificar por vuestra salud.»

«César, contestaron los judíos, se nos calumnia aquí; tres sacrificios hemos consagrado con la solemnidad mayor que nuestros ritos nos permiten, para vuestra prosperidad.»

«¿Y qué? replicó con desden el César, ¿qué ventaja reporto yo que sacrifiqueis para mí á otro? Á mí, y solo á mí es debido todo sacrificio y toda inmolación.»

Calígula volviendo las espaldas con indecente ademán dirigióse á los artistas que restauraban su palacio dándoles órdenes. La comisión seguía temblorosa al dueño de sus vidas, árbitro quizá de los destinos de su patria, que se complacía en humillarles atrayéndoles sobre su sombra, como mansos perros. Después de haber recorrido varias galerías y salones, Calígula de repente se vuelve á ellos, y con tono desatento les dice: «Á propósito; ¿por qué no comeis carne de cerdo?»

Entonces fue el reír de los aduladores.

«Señor, contestaron humildes los judíos, súbditos vuestros hay que no comen cordero...»

«Estos obran bien, replicó el Emperador, la carne de cordero es insípida.»

Simulando luego querer oír el discurso de la comisión, el judío Philon, venerable en su patria, empezó el desarrollo de sus argumentos; mas Calígula otra vez les vuelve la espalda y reanuda la conversación con los artistas. Durante largo tiempo se reprodujeron estas humillantes escenas, hoy inconcebibles, y cuyo desenlace juzgaban los enviados que había de serles terrible en extremo.

Al fin, cansado de pisotear la dignidad de los emisarios, les despachó diciéndoles: «Id, que sois menos dignos de castigo que de compasión no prestándoos á reconocer mi divinidad.»

Calígula, aterrorizando á los judíos, ignoraba que favorecía el desarrollo del Cristianismo. La Sinagoga, oprimida bajo el peso de las amenazas idolátricas, pensaba menos en la persecución de sus hermanos disidentes. No perseguía, porque era perseguida. Algunos de sus miembros, los menos preocupados, presentían el cumplimiento de los anatemas lanzados por el Crucificado, pues palpaban que el Dios de Moisés y de David no les era propicio. El sacrilegio que iba á manchar el templo rejuvenecía el recuerdo de que se habían cebado contra el que con elocuencia divina afirmaba que era el templo vivo de Dios, que sería destruido y reedificado en tres días. Las predicaciones de la resurrección de Jesús les parecían menos absurdas y mas atendibles.

Entonces se reconstituyó la Iglesia de Jerusalem, casi dispersada cuando el martirio de Estéban, apoyada por la robusta cristiandad de la de Antioquía, que atendida su importancia, Pedro había constituido en sede de su pontificado.

Roma, fatigada de la cínica locura de las ridículas excentricidades de Calígula, esperaba se levantara un brazo atrevido, que lavara la sede presidencial de la república-imperio con el golpe regicida. Varias conjuraciones cautelosamente urdidas fueron venturosamente destramadas por el ojo avizor de los prosélitos. Por fin sonó la hora providencial. Chereas, liberto enriquecido, asoció á su proyecto una porción de hombres, ruborizados por la idea del envilecimiento de que eran víctimas los romanos. La conjuración estuvo á punto de descubrirse. Una actriz, cooperadora del plan de Chereas, sufrió la tortura por sospechas sin pronunciar, muriendo, la palabra que le hubiera devuelto la vida. El aire, el agua, la luz, el pan, la soledad, los festines dejaban sentir presagios de sangre en la atmósfera que se respiraba en el alcázar imperial. Solo Calígula no temía morir; ¡creía aun en su divinidad! En una de las fiestas palatinas los conjurados rodearon «al Dios del Capitolio» en una galería subterránea. Dos certeras puñaladas le derribaron al suelo, herido mortalmente: «¡Calígula vive!» exclama inundado en su propia sangre, como protestando contra la idea de su morta-

lidad. «¡Aun!» exclamaron los asesinos «pues, redoblad» dijo Chereas. La inmortalidad de Calígula no resistió á la prueba de una lluvia de veinte puñaladas mas.

Roma se sintió mas libre y mas digna despues de aquella deshonrosa escena.

## XII.

### Claudio emperador.—Pedro en Roma.

El año 41 de la era cristiana es doblemente célebre en los anales del género humano. En él murió, es decir, fue asesinado Calígula; en él entró á echar el pedestal de su gloriosa soberanía el Príncipe de los Apóstoles.

Estendió Pedro el vuelo hasta á Roma, centro de la vida y de la civilizacion de aquel mundo, y el espectáculo que se ofreció á sus ojos en el emporio de las ciencias y de las pasiones universales le determinó á establecer allí, que era el punto mas difícil y peligroso de la tierra, su cátedra doctrinal, su trono moral.

Mientras Roma, agitada por las consecuencias del asesinato de Calígula y los episodios de la entronizacion de Claudio, calculaba las probabilidades de su bienestar futuro ó de sus próximas desgracias; mientras preparaba nuevos incensarios para honrar la divinidad imperial, que orientaba sobre el ocaso de la vencida, el pescador de Galilea, desembarcaba silencioso en la *Ripa*, sin llamar la atencion de los senadores, de los patricios, de los cónsules, ni del pueblo.

El recién llegado traía el específico celestial para curar los males hereditarios de las reinantes instituciones. Pedro no se fijó en el emperador, sino en los ídolos; no desconoceria los episodios humillantes entre Philon y Calígula, comprenderia que el nuevo emperador no podía prescindir de prestar homenaje, mas ó menos sincero, á las preocupaciones religiosas del imperio; mas lejos de su corazón estaba proyecto alguno contra la tranquilidad y la vida de los soberanos. Sus pensamientos eran ¿cómo podría desarraigat los altares, á cuya sombra eran posibles tantos desórdenes individuales y sociales? ¿cómo era posible difundir la fe ennoblecedora en las inteligencias sumergidas en las tinieblas de las extravagancias sectarias y de las dudas é incredulidades allí bogantes? Poca cosa era para él derribar un emperador ó un imperio. Solo era digno de sus miras levantadas reformar la sociedad que tales imperios toleraba. Desaltarizar á Júpiter capitolino se propuso desde su entrada en la ciudad de los dioses y de los césares. ¡Ah! ¿revelóle Jesús, le hizo presentir á lo menos que el bronce con que se modeló la estatua de Júpiter capitolino serviría para modelar dentro pocos siglos su propia estatua? No pretendemos saberlo. Empero Pedro vino á Roma en alas de una esperanza infinitamente mas vigorosa que la que inspiraba planes de humana política á los estadistas del paganismo.

Ni su genio personal, ni su sabiduría, ni sus recursos, ni su influencia valían para constituir un ánclora que le garantizara lógicamente un hecho completo sobre aquella sociedad sumergida en orientales thermas, símbolo del sensualismo; coronada por palmas y laureles procedentes de todas las florestas, símbolo de su orgullo. El oro y la gloria de las otras naciones confluían allí para formar un lago de incomparable esplendidez, sobre el que flotaban, cual naves empavesadas, las personificaciones históricas y vivientes de los orgullos habidos y por haber.

Pedro venía para obligar á humillarse los altivos y á levantar á los esclavos; á establecer la fraternidad de los césares con los vencidos, y á colocar sobre las familias de los reyes, cónsules y emperadores la eterna dinastía de los representantes de CRISTO. Venía sin

etro, sin espada; con unas llaves para abrir el reino de los cielos á las miradas de la tierra.

Si algun confidente de Pedro, siendo infiel á la confianza de su pastor, hubiera tenido medio de hacer comunicar al Senado el programa del sencillo galileo, se le hubiera contestado por toda refutacion y por toda penalidad con una risotada unánime.

Tan léjos estaba Roma de JESUCRISTO en el año de la muerte de Calígula.

«El dia en que bajo el reinado de Claudio un judío, iniciado en las nuevas ideas, puso el pié en tierra frente al *Emporium*, nadie sospechó en Roma que el fundador de un segundo imperio, otro Rómulo, habitaba en el puerto durmiendo sobre paja (1).»

Nadie pensaba en el pobre judío que, confundido entre los míseros transtiberianos, rodeado de israelitas oscuros y de trabajadores sirios, empezó á conferenciar sobre la manera de difundir el Evangelio en aquel campo sembrado de vicios y errores.

Dejando á Pedro medir con preciosa exactitud la grandiosidad de la empresa que el cielo le confiara, y echando las primeras piedras del edificio, cuya sombra debia cobijar los siglos, ocupémonos ahora de las circunstancias que acompañaron el entronizamiento de Claudio.

Roma hubo de resolver en medio de febril agitacion política quién heredaría el cetro del asesinado soberano. Á la nueva del atentado contra Calígula el Senado proyectó el restablecimiento puro y neto de la república. Las pasiones todas del imperio, desencadenadas en aquel momento solémne, produjeron una de las mas violentas tempestades estalladas en el firmamento de Júpiter capitolino. Sentius Saturninus fue el apologista de la antigua forma de gobierno romano. «Quitate el anillo en que llevas esculpida la imágen del Emperador para anatematizar el imperio,» le gritó para desconcertarle un senador imperialista. Los adictos al imperio chocaban con una dificultad, ¿quién habia de ser el nuevo emperador?

Minutianus y Asiaticus tuvieron modestia suficiente para proponer su propia candidatura y el Senado abnegacion bastante para no admitirla.

Interin el Senado gastaba horas preciosas en discusiones estériles, los pretorianos se agitaban en el campo. Un soldado abandona las filas, y seguido de algunos camaradas, penetra en palacio. ¿Va en busca de los asesinos de su amo? La historia lo ignora. En el detallado registro de las cesáreas habitaciones descubre el bulto de un hombre tiritante, escondido bajo régia alfombra. «¿Quién eres tú? ¿qué temes aquí?»

El hombre, pálido, balbuceante, contesta: «Espero de tí me concedas la vida.»

Era el hijo de Drusus, hermano de Tiberio, tio de Calígula. «Vive, le contesta el soldado, tú eres emperador.»

Los invasores le toman en hombros y lo conducen al Campo de Marte. «Este es el emperador,» exclaman ante las legiones. «¡Viva Claudio!» prorumpen los soldados.

Irrítase el Senado y le envia una protesta conjurándole á que respete las decisiones de la patria. «Decid al Senado, contestó Claudio, que yo no soy mas que un forzado.»

Agrippa, rey de los judíos, le ofrece su apoyo, y dirigiéndose á las legiones les promete pagar á quince mil sestercios por plaza la fidelidad al nuevo César. Este *donativum* aseguró el éxito definitivo de la empresa.

Preguntemos ahora como el soldado registrador de palacio: «¿Quién era Claudio?»

Era sencillamente un estúpido. «Mirad este hombre viejo y calvo; hermosa es su fisonomía, pero tardó en su andar, nulo en su accion. Su nariz destilante, sus labios babosos, temblorosos todos sus miembros. Apenas habla, discurre tardíamente, ora rie ó se enoja sin motivo ni pretexto; tal es el nuevo dueño de la tierra (2).»

La soberanía pasó de manos de un loco á las de un imbécil. Su tio había mandado arrojarse al Ródano. Claudio evitó la muerte escondido en el mismo palacio de su tirano.

El Senado aceptó el candidato de las legiones. El primer decreto del nuevo soberano fue enviar á Chereas al suplicio: «Matadme, dijo este, con la espada con que maté á Calígula.»

(1) Nardini, *Roma antigua*.

(2) Riancey.



Claudio desplegó luego una actividad intelectual y una disposición gubernamental que superó todas las esperanzas.

Habia pasado de juguete de las bufonadas de Calígula á empuñar el cetro del imperio. En el mando superior el desdeñado por Augusto, relegado por Tiberio, y ridiculizado por Calígula, demostró comprender las necesidades y exigencias de su posición.

Muerto Chereas decretó una amnistía general; olvido perpétuo sobre los complicados en la conjuración sangrienta. No manifestó anhelo alguno de gloria personal, hasta pretendió rechazar el título de emperador.

En su aislamiento social Claudio había hecho estudios, casi secretos, sobre la literatura griega y romana; había estudiado á César y á Augusto.

Esforzóse en restaurar la dignidad del Senado, tan vilipendiada por su antecesor, entre cuyos dos cónsules se sentaba siempre que asistía á las deliberaciones; restableció el Consejo privado y supremo del imperio, obra política de Augusto, y adoptó otras medidas encaminadas á armonizar la doble acción del Senado y del imperio.

Ávido de facilitar la subsistencia al pueblo allanó el camino al aprovisionamiento romano. Erigió el puerto de Ostia, dispensó de las trabas y dificultades creadas por el fisco á los navieros que comerciaban con Roma en la importación de comestibles; las aguas del Anno fueron traídas á la capital, inundando sus parques y sus calles de caudalosas fuentes y soberbias cascadas. Intentó proseguir la obra del lago Fucino, ante la que se amilanó el mismo Augusto.

Tuvo la feliz idea de emplear las legiones en trabajos pacíficos. Mandó á los soldados de la Germania la apertura de un canal de comunicación entre la Bélgica y el Rin. Á los dos generales que dirigieron los trabajos concedióles los honores del triunfo, con descontento de los belicosos romanos.

La censura de las costumbres llamó también su atención. La decadencia de la aristocracia antigua, la corrupción espantosa del pueblo, los vicios orgánicos de la emancipación de los esclavos, eran plagas reconocidas, lamentadas, pero descuidadas en el imperio. Claudio puso sobre ellas la mano.

Los esclavos emancipados sin preparación y sin mérito previo llevaban al corazón de la sociedad los vicios de la servidumbre. Los libertos, lo eran habida atención á la osadía y al crimen, lo que volvía criminales y osados á los que deseaban y no obtenían la libertad. Así los dueños eran más crueles y los siervos volvíanse más criminales. Claudio impuso límites á la crueldad de los dueños. Abolió para estos el derecho sobre la vida y sobre la muerte. Exigió garantías, si no de buen trato, á lo menos contra los bárbaros caprichos entonces reinantes. Las condiciones de la emancipación fueron regularizadas, los deberes de los emancipados establecidos.

Reforzó el Senado con emisarios procedentes de las provincias. Llamó al *jus honorum* á provincianos más dignos de representar el poder y las instituciones que muchos que investían aquella alta representación.

En vano los antiguos senadores protestaron contra aquello, que llamaron invasión senatorial; Claudio contestó: «Yo desciendo de un sabino admitido á los derechos de ciudadano romano... Dichosos los fundadores de Roma que en un día supieron transformar en ciudadanos á sus vecinos, y en amigos á sus adversarios.»

Rígido contra los usurpadores de la ciudadanía, fue pródigo en otorgar sus derechos á los merecedores de aquel título, tan glorioso entonces.

Su acción se extendió en el terreno religioso. No olvidó el título de auguro que recibió de su abuelo. Abolió el culto de Calígula, creó una comisión de senadores encargada de examinar los aspirantes al sacerdocio, restauró algunos templos y edificó otros, reconoció en los judíos el derecho de adorar á un solo Dios, así en Jerusalén como en Alejandría, en todas las ciudades y en las colonias romanas; abolió los sacrificios humanos de los druidas.



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagación de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Idefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentisimos é ilustrisimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villambrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.